

SUSANA. Gracias, mamá. Estoy aquí perfectamente.

ARCHIBALDO.—(Alzando con ademán de espanto la fuente vacía.) ¡Cielos!... ¡Esteban! ¿Dónde están los *sandwichs* de pepino? ¿No te los encargué especialmente?

ESTEBAN.—(Con gran aplomo.) No he encontrado pepinos en el mercado esta mañana, señorito. Y eso que fui dos veces.

ARCHIBALDO.—¿Qué no encontraste pepinos?

ESTEBAN.—No, señorito. Ni siquiera pagando al contado.

ARCHIBALDO.—Bien, bien, Esteban. Puedes retirarte. (ESTEBAN *saluda y sale.*) Siento infinito, tía Augusta, que no hubiera pepinos, ni siquiera pagando al contado.

LADY BRACKNELL.—No importa. Tomé algunos pastelillos en casa de lady Harbury, y me parece no pensar ya más que en pasarlo lo mejor posible.

ARCHIBALDO.—Me han dicho que se le ha puesto el pelo completamente rubio de dolor. (Alargándole una taza de té.)

LADY BRACKNELL.—Gracias; te he preparado una sorpresa agradable para esta noche, Archibaldo. Pienso colocarte junto a Mary Farquhar. Es una mujer preciosa, ¡y tan enamorada de su marido! Da gusto observarlos.

ARCHIBALDO.—Temo, tía Augusta, verme obligado a renunciar al placer de cenar con ustedes esta noche.

LADY BRACKNELL.—(Frunciendo el ceño.) Espero que no, Archibaldo. Me estropearías la cena. Tu tío tendría que irse a comer a sus habitaciones. Claro que, afortunadamente, ya está acostumbrado.

ARCHIBALDO.—Lo siento infinito, tía; puede usted estar segura; pero el caso es que acabo de recibir un telegrama diciéndome que mi pobre amigo Bunbury

ha vuelto a recaer y se encuentra gravísimo. (Cambiando una mirada con GRESFORD.) No voy a tener más remedio que ir. ¡Qué se le va hacer!

LADY BRACKNELL.—La verdad es que ese mister Bunbury tiene una salud imposible.

ARCHIBALDO.—Sí; el pobre Bunbury es el rigor de las desdichas.

LADY BRACKNELL.—Pero me parece que ya es hora de que se decida a ponerse bueno o morirse de una vez. Esa irresolución es absurda. Ni se debe abusar tanto del prójimo. Te agradecería le suplicas a mister Bunbury de mi parte que tenga la bondad de no ponerse peor el sábado próximo, pues cuento contigo para organizar mi concierto. Es mi última recepción, y necesito algo que anime la conversación, sobre todo ahora que estamos al final de la temporada y ya la gente ha dicho todo lo que tenía que decir, que en la mayor parte de los casos no debía ser mucho.

ARCHIBALDO.—Se lo diré a Bunbury, tía Augusta, si es que aún no ha perdido el conocimiento, y creo poder ofrecerle a usted que no tendrá ninguna recaída el sábado. Claro que eso de la música no deja de presentar sus dificultades. Mire usted, si se toca buena música, la gente no escucha, y si se toca música mala, la gente no habla. Pero si quiere usted acompañarme un momento a la habitación de al lado, le enseñaré... que se me ha ocurrido, y acabaremos de confeccionarlo.

LADY BRACKNELL.—Gracias, Archibaldo, gracias. (Levantándose y siguiendo a ARCHIBALDO.) Estoy segura de que, en cuanto lo expurguemos un poco, quedará un programa delicioso. Desde luego, nada de canciones francesas. La gente se figura siempre que son inconvenientes, y se da por ofendida, lo que es bastante vulgar, o no para de reírse, que es todavía peor. En cambio, el alemán suena a idioma respe-

table; y debe de serlo. Susana, ten la bondad de seguirme.

SUSANA.—En seguida, mamá.

(LADY BRACKNELL y ARCHIBALDO pasan al saloncito de música. SUSANA se queda rezagada.)

GRESFORD.—Qué día tan hermoso, ¿verdad?

SUSANA.—¡No irá usted a hablarme del tiempo, míster Gresford! En cuanto una persona me habla del tiempo que hace, estoy segura de que lleva otra intención. Y me pongo nerviosísima.

GRESFORD.—Y yo llevo otra intención.

SUSANA.—Ya me lo figuraba. Yo nunca me equivoco.

GRESFORD.—Y pienso aprovechar la ausencia temporal de lady Bracknell...

SUSANA.—Hará usted bien. Mamá tiene un modo de volver a entrar súbitamente que más de una vez he tenido que llamarle la atención.

GRESFORD.—Susana, desde que la vi a usted la admiré más que a ninguna de las mujeres que he conocido desde... que la conocí a usted.

SUSANA.—Sí, lo sé. Y ojalá que hubiese estado usted un poco más expresivo; en público, por lo menos. Siempre tuvo usted para mí un atractivo irresistible. Aun sin conocerle estaba usted lejos de serme indiferente. (GRESFORD la mira estupefacto.) Vivimos, como supongo sabrá usted, míster Gresford, en un siglo de ideales. Al menos, así nos lo repiten de continuo los poetas. Pues bien; mi ideal ha sido siempre querer a un hombre que se llamase Ernesto. ¡Ernesto! No sé qué tiene este nombre, que me fascina. Desde el momento en que Archibaldo me dijo que tenía un amigo que se llamaba Ernesto, comprendí que estaba destinada a quererle a usted.

GRESFORD.—¿Pero realmente me quiere usted?

SUSANA.—¡Con pasión!

GRESFORD.—¡Amor mío! No sabe usted lo feliz que me hace.

SUSANA.—¡Mi Ernesto!

GRESFORD.—Pero no querrá usted decir que si mi nombre no fuese Ernesto no podrá usted quererme, ¿verdad?

SUSANA.—Pero usted se llama Ernesto.

GRESFORD.—Sí, lo sé. Pero, suponiendo que no me llamase, ¿iría usted a dejarme de querer por eso?

SUSANA.—¡Ah!, eso es ya una especulación metafísica y, como la mayoría de las especulaciones metafísicas, no tiene nada que ver con los hechos de la vida real, tal como los conocemos.

GRESFORD.—Pues a mí, querida Susana, a decir verdad, confieso que me tiene sin cuidado llamarme Ernesto... Es más: no creo que el nombre acaba de sentarme.

SUSANA.—¿Cómo que no? Le sienta a usted perfectamente. Es un nombre divino. ¡Tiene una música!...

GRESFORD.—Pues yo encuentro que hay una porción de nombres muchos más bonitos. Juan, por ejemplo, es un nombre precioso.

SUSANA.—¿Juan?... ¡Oh, no! No tiene la menor música. He conocido varios Juanes, y todos, sin excepción, eran vulgarísimos. No; el único nombre posible es Ernesto. ¡Ernesto!

GRESFORD.—Susana, es preciso que vaya a bautizarme inmediatamente..., quiero decir, es preciso que nos casemos inmediatamente.

SUSANA.—¿Casarnos, míster Gresford?

GRESFORD.—(Desconcertado.) ¡Pues naturalmente!... Usted sabe que la quiero, y también usted me ha dado a entender que no le soy completamente indiferente...

SUSANA.—¿Cómo indiferente? ¡Le adoro a usted! Pero usted todavía no se me ha declarado, no me ha dicho una palabra de casamiento.

GRESFORD.—Bueno... ¿Le parece a usted entonces que me declare ahora?

SUSANA.—Me parece una ocasión excelente. Y para evitarle toda posible *desilusión*, míster Gresford, me creo en el deber de confesarle francamente, de antemano, que estoy resuelta a decirle que sí.

GRESFORD.—¡Susana!

SUSANA.—Ahora puede usted empezar, míster Gresford. (*Un momento de silencio.*) Vamos, ¿no tiene usted nada que decirme?

GRESFORD.—Lo que tengo que decirle, usted lo sabe.

SUSANA.—Sí; pero usted no lo diga.

GRESFORD.—(*Arrodillándose.*) Susana, ¿quiere usted ser mi mujer?

SUSANA.—¡Naturalmente que quiero, Ernesto! ¡Cuidado que ha tardado usted tiempo en decirlo! Me parece que, en cuestión de declaraciones, debe usted de tener muy poca experiencia.

GRESFORD.—Usted es la única mujer a quien he querido en el mundo, Susana.

SUSANA.—Sí; pero los hombres se declaran muchas veces para practicar. Yo sé que mi hermano Gerardo lo hace. Todas mis amigas me lo han dicho... ¡Qué ojos azules tan maravillosos tiene usted, Ernesto! Son completamente, completamente azules. Espero que siempre me mirará usted así, ¿eh? Sobre todo cuando haya gente delante.

(*Entra LADY BRACKNELL.*)

LADY BRACKNELL.—¡Míster Gresford! ¡Levántese usted, caballero, de esa postura que me atreveré a calificar de indecorosa!

SUSANA.—¡Mamá! (*GRESFORD trata de levantarse; ella se lo impide.*) Te agradeceré que te retires. Éste no es tu sitio. Además, míster Gresford no ha terminado.

LADY BRACKNELL.—¿Terminado el qué?

SUSANA.—Mamá, míster Gresford y yo tenemos relaciones. (*Ambos se levantan.*)

LADY BRACKNELL.—Perdón; tú no tienes relaciones con nadie. Cuando llegue el caso, yo, o tu padre, si su salud se lo permite, nos encargaremos de comunicártelo. Ésas son cosas que no se pueden dejar al capricho de las muchachas. El noviazgo debe ser siempre una especie de sorpresa, agradable o desagradable, según las circunstancias... Ahora tengo que hacer unas cuantas preguntas a míster Gresford; de modo que ve a esperarme abajo, en el coche.

SUSANA.—(*En tono de reproche.*) ¡Mamá!

LADY BRACKNELL.—¡Al coche he dicho! (*SUSANA se dirige hacia la puerta. GRESFORD y ella se tiran besos con la punta de los dedos a espaldas de LADY BRACKNELL. Ésta mira vagamente en torno suyo, como si no pudiera darse cuenta de qué ruido es aquél. Al fin se vuelve hacia ellos.*) ¡Al coche, Susana!

SUSANA.—Sí, mamá, sí. (*Sale volviendo la cabeza para mirar a GRESFORD.*)

LADY BRACKNELL.—(*Sentándose.*) Puede usted sentarse, míster Gresford. (*Saca del bolsillo un cuadernito y un lápiz.*)

GRESFORD.—Gracias, lady Bracknell; prefiero estar de pie.

LADY BRACKNELL.—(*Cuadernito y lápiz en mano.*) Debo decirle que no figura usted en mi lista de pretendientes elegibles, y eso que tengo la misma lista que la duquesa de Bolton. Como que puede decirse que trabajamos juntas. Sin embargo, no tengo inconveniente en apuntarle a usted, si sus respuestas son las que una madre que se preocupa de la felicidad de su hija tiene derecho a exigir. Vamos a ver: ¿fuma usted?

GRESFORD.—Sí, debo confesar que fumo.

LADY BRACKNELL.—Lo celebro. Todos los hombres deben tener alguna ocupación, sea cual sea. Hay demasiada gente ociosa en Londres. ¿Qué edad tiene usted?

GRESFORD.—Veintinueve años.

LADY BRACKNELL.—Una edad excelente para contraer matrimonio. Yo siempre he sido de opinión de que un hombre que piensa en casarse debería conocerlo todo, o nada. ¿En qué caso está usted?

GRESFORD.—(Después de un momento de vacilación.) Yo..., no conozco nada, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL.—Lo celebro también. ¡No hay nada como la ignorancia natural! Esas teorías modernas sobre la educación son de lo más pernicioso. Claro que la educación no hace muchos estragos, que digamos, en Inglaterra. Felizmente para las clases altas. Bueno, ¿qué renta tiene usted?

GRESFORD.—De siete a ocho mil libras al año.

LADY BRACKNELL.—(Tomando nota en su cuadernito.) ¿En tierras o en títulos?

GRESFORD.—Tengo una casa de campo, con unas tierras anexas a ella; unas novecientas fanegas, creo; pero mi verdadera renta no depende para nada de ellas.

LADY BRACKNELL.—¿Una casa de campo? ¿Cuántas alcobas? Bueno; ya pondremos en claro este punto más adelante. Me figuro que también tendrá usted alguna casa propia en Londres, ¿verdad? Ya puede usted suponer que una muchacha modesta y de gustos sencillos, como Susana, no va a vivir en el campo.

GRESFORD.—Sí; también tengo una casa en la plaza de Belgrave; pero la tengo alquilada a lady Bloxham. Claro que puedo disponer de ella, avisándola con seis meses de anticipación.

LADY BRACKNELL.—¿Lady Bloxham? No la conozco.

GRESFORD.—¡Oh!, sale muy poco. Es una señora muy entrada en años.

LADY BRACKNELL.—¡Ah! Hoy día eso no es una garantía de respetabilidad. ¿Qué número de la plaza de Belgrave?

GRESFORD.—El 149.

LADY BRACKNELL.—(Con un movimiento de cabeza.) La acera que no está de moda. Me figuré que era algo. Sin embargo, esto podría remediarse fácilmente.

GRESFORD.—¿El qué? ¿La moda o la acera?

LADY BRACKNELL.—(Secamente.) Ambas, si es preciso. ¿Qué es usted en la política?

GRESFORD.—La verdad, no lo sé a punto fijo. Pero supongámos que liberal-demócrata.

LADY BRACKNELL.—Bueno; pondremos conservador. Al fin y al cabo, viene a ser lo mismo. Pasemos ahora a detalles de menos importancia. Los padres de usted, ¿viven?

GRESFORD.—He perdido a ambos, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL.—Perder a uno de ellos, mister Gresford, puede pasar por una desgracia, pero perder a los dos, parece realmente una falta de cariño. ¿Qué era su padre de usted? Evidentemente, un hombre de cierta posición. Pero, ¿habría nacido en lo que los periódicos radicales llaman la púrpura del comercio, o provenía de la aristocracia?

GRESFORD.—La verdad es que no lo sé. Dije que había perdido a mis padres y, realmente, más exacto hubiera sido decir que mis padres me perdieron a mí... A estas fechas, no sé quién soy todavía... En una palabra: fui... sí, fui encontrado...

LADY BRACKNELL.—¿Encontrado?

GRESFORD.—El difunto mister Thomas Morris, que era muy caritativo y de corazón bondadosísimo, me encontró y me dio el nombre de Gresford, simplemente porque en aquel momento tenía en el bolsillo un billete de primera clase para Gresford.

LADY BRACKNELL.—¿Y dónde ese señor tan caritativo, que llevaba en el bolsillo un billete de primera clase para Gresford, le encontró a usted?

GRESFORD.—(Gravemente.) ¡En una maleta!

LADY BRACKNELL.—¿En una maleta?

GRESFORD.—(Con la misma seriedad.) Sí, lady Bracknell. En una maleta de cuero negro, bastante grande, con asas... En fin, una maleta corriente.

LADY BRACKNELL.—¿Y en qué sitio se encontró mister Morris esa maleta corriente?

GRESFORD.—En el guardarropa de la estación Victoria. Se la dieron equivocadamente por la suya.

LADY BRACKNELL.—¿En el guardarropa de la estación Victoria?

GRESFORD.—Sí, línea de Brighton.

LADY BRACKNELL.—La línea es lo de menos, mister Gresford. Le confieso que eso que me dice usted me desconcierta bastante. Nacer, o por lo menos, ser criado en una maleta con asas o sin ellas, me parece demostrar un tal desprecio de todas las conveniencias de la vida de familia, que hace pensar en los peores excesos de la Revolución francesa. En cuanto al sitio en que fue encontrada la maleta, es muy posible que el guardarropa de una estación ferroviaria sirva para ocultar una..., indiscreción social y, probablemente, ya antes de ahora ha servido; pero en modo alguno podría considerarse como una base estable para vivir en la buena sociedad.

GRESFORD.—Entonces, ¿qué me aconseja usted? No necesito decirle que estoy dispuesto a todo con tal de hacer la felicidad de Susana.

LADY BRACKNELL.—Pues le aconsejo, mister Gresford, que trate de adquirir lo antes posible algunos parientes presentables, y que haga un último esfuerzo para descubrir a su padre o a su madre —con uno basta— antes de que termine la estación.

GRESFORD.—Pues no sé cómo me las voy a arreglar. Yo, lo que puedo presentar en todo momento

es la maleta. Encima de un ropero la tengo. Y me parece que podría usted muy bien darse por satisfecha, lady Bracknell.

LADY BRACKNELL.—¿Darme por satisfecha? ¿Qué está usted diciendo? ¡Supongo que no tendrá usted la pretensión de que vayamos a consentir en que nuestra hija única, educada con el mayor esmero, contraiga matrimonio con un equipaje! ¡Usted lo pase bien, mister Gresford! (Sale con una majestuosa indignación.)

GRESFORD.—¡A los pies de usted! (ARCHIBALDO, desde la habitación contigua, empieza a tocar la marcha nupcial.) ¡Por amor de Dios, ten la bondad de no tocar ese aire fúnebre! ¡Cuidado que eres estúpido! (Cesa la música y aparece ARCHIBALDO, muy regocijado.)

ARCHIBALDO.—Qué, ¿no salió todo a gusto tuyo, eh? ¿Te dijo que no Susana? ¡Me lo figuraba!

GRESFORD.—¡Oh, con Susana va como una seda! Su madre es la que es absolutamente insoportable. En mi vida he encontrado una gorgona semejante. No estoy seguro de cómo son las gorgonas; pero no me cabe duda de que lady Bracknell es una. Por lo menos es un monstruo, sin ser un mito; lo que no está nada bien... ¡Dispensa, chico, no recordaba que era tu tía!...

ARCHIBALDO.—No, no. Si a mí me encanta oír hablar mal de mis parientes. Es lo único que me ayuda a soportarlos. Los parientes son un hatajo de gente absurda, que no tiene la más remota idea de cómo se debe vivir, ni el más leve instinto de cuándo deben morirse.

GRESFORD.—¡Eso es una tontería!

ARCHIBALDO.—¡No lo es!

GRESFORD.—Bueno; no vale la pena de discutirlo. (Pausa corta.) Oye, Archibaldo, ¿crees que dentro de unos años..., pongamos ciento cincuenta..., Susana se volverá como su madre?

ARCHIBALDO.—Todas las mujeres llegan a parecerse a sus madres. Esa es su tragedia.

GRESFORD.—Eso debe de ser muy agudo, ¿verdad?

ARCHIBALDO.—¡Pues sí que lo es! Una frase muy bonita, y una observación muy inteligente.

GRESFORD.—Estoy harto de inteligencia. Hoy todo el mundo es inteligente. No puedes ir a ninguna parte sin encontrarte con personas inteligentes. La cosa ha llegado a convertirse en una verdadera calamidad pública. ¡Ojalá tuviésemos aún algunos tontos!

ARCHIBALDO.—¡Y los tenemos!

GRESFORD.—Me gustaría conocerlos. ¿De qué hablan?

ARCHIBALDO.—¿Pues de qué van a hablar? De las personas inteligentes.

GRESFORD.—¡Tontos de remate!

ARCHIBALDO.—Oye, entre paréntesis, ¿le has dicho a Susana la verdad, que te llamas Ernesto en Londres y Juan en el campo?

GRESFORD.—(Con aire protector.) Hijo mío, la verdad no es cosa para dicha a una muchacha bonita, dulce, bien educada. ¡No tienes la menor idea de cómo hay que tratar a las mujeres!

ARCHIBALDO.—¡Bah!, la única manera de tratar a una mujer es hacerle el amor, si es bonita; o hacerle a otra mujer, si es fea.

GRESFORD.—¡Otra tontería!

ARCHIBALDO.—Bueno; tampoco lo vamos a discutir. ¿Y de tu hermano? ¿Qué le has dicho de ese calaverón de Ernesto?

GRESFORD.—¡Oh!, antes de fin de semana pienso acabar con él. Diré que ha fallecido en París de una apoplejía. Todos los días se está muriendo gente de apoplejía, ¿verdad?

ARCHIBALDO.—Sí; pero la apoplejía es hereditaria. Harías mejor en decir de una pulmonía fulminante.

GRESFORD.—¿Estás seguro de que las pulmonías fulminantes no son hereditarias?

ARCHIBALDO.—¡Segurísimo!

GRESFORD.—Bueno; pues mi pobre hermano Ernesto ha fallecido de repente en París a consecuencia de una pulmonía fulminante. ¡Ya estoy libre de él!

ARCHIBALDO.—Pero... ¿no dijiste que miss Morris empezaba a interesarse demasiado por tu hermano Ernesto? Va a tener un disgusto.

GRESFORD.—¡Bah!, eso no tiene importancia. Cecilia no es una niña romántica. Afortunadamente. Tiene un apetito magnífico, se da unos paseos tremendos y no presta la menor atención a sus estudios.

ARCHIBALDO.—¡Me gustaría conocer a Cecilia!

GRESFORD.—Ya tendré yo buen cuidado de que no la conozcas. Es preciosa y acaba de cumplir los dieciocho años.

ARCHIBALDO.—¿Le dijiste a Susana que tenías una pupila preciosa, que acababa de cumplir los dieciocho?

GRESFORD.—¿Y a qué santo iba a decírselo? Cecilia y Susana serán seguramente grandes amigas. Te apuesto lo que quieras a que a la media hora de conocerse se llaman hermanas.

ARCHIBALDO.—Sí, eso es lo que hacen siempre las mujeres después que se han llamado otra porción de cosas. Ahora, hijo mío, si quieres que cojamos mesa en Willis, hay que ir a vestirse. Son cerca de las siete, y empiezo a tener apetito.

GRESFORD.—¿Cuándo no tendrás tú apetito!

ARCHIBALDO.—¿Qué te parece que hagamos después de cenar? ¿Ir al teatro?

GRESFORD.—¡Oh, no! ¡No estoy con humor de oír nada!

ARCHIBALDO.—Al club, entonces.

GRESFORD.—Tampoco; no estoy con humor de hablar.

ARCHIBALDO.—¡Pues tú dirás qué hacemos!

GRESFORD.—¡Nada!

ARCHIBALDO.—Eso es demasiado difícil. Yo no me siento con fuerzas.

(Entra ESTEBAN.)

ESTEBAN.—¡Miss Susana!

(Entra SUSANA. Sale ESTEBAN.)

SUSANA.—¡Archi, ten la bondad de volverte de espaldas! Tengo que decir algo en particular a mister Gresford.

ARCHIBALDO.—La verdad, Susana..., no sé si debo...

SUSANA.—¡Tú siempre echándotelas de inmoral! No eres bastante viejo para ello. (ARCHIBALDO se retira hacia la chimenea.)

GRESFORD.—¡Mi querida Susana!

SUSANA.—¡Ernesto, es posible que nunca seamos marido y mujer! La cara que sacaba mamá me lo hace temer. Son muy pocos los padres que hoy hacen caso de la opinión de sus hijos. El respeto que antiguamente se tenía a los jóvenes, casi ha desaparecido. Yo, si alguna influencia tuve sobre mamá, la perdí desde los tres años. Pero, aunque ella pueda impedirnos que lleguemos a ser marido y mujer y obligarme a que me case con otro, nada, nada podrá alterar el amor que siento por usted.

GRESFORD.—¡Querida Susana!

SUSANA.—La historia tan romántica de su nacimiento, tal como me la ha contado mamá, con una porción de comentarios desagradables, me ha conmovido hasta lo más íntimo. Su nombre de pila tiene para mí un hechizo irresistible. La sencillez del carácter de usted me lo hace deliciosamente incomprensible. Tengo la dirección de usted en Londres. ¿Cuál es la del campo?

GRESFORD.—Manor House, Woolton Hertfordshire. (ARCHIBALDO, que ha estado escuchando atenta-

mente, toma nota de la dirección en un puño de la camisa. Luego, coge de una mesita una guía de ferrocarriles.)

SUSANA.—Supongo que el servicio de correos será bueno, ¿verdad? No hay más remedio que hacer algún disparate. Claro que hay que pensarlo bien. Le escribiré a usted todos los días.

GRESFORD.—¡Amor mío!

SUSANA.—¿Hasta cuándo estará usted en Londres?

GRESFORD.—Hasta el lunes.

SUSANA.—Perfectamente. Archi, ya puedes volverte.

ARCHIBALDO.—Gracias; ya me he vuelto.

SUSANA.—Haz el favor de llamar al timbre.

GRESFORD.—¿Me permite usted que la acompañe hasta el coche?

SUSANA.—Naturalmente.

GRESFORD.—(A ESTEBAN que acaba de entrar.) Yo acompañaré a la señorita.

(Salen GRESFORD y SUSANA. ESTEBAN presenta a ARCHIBALDO varias cartas en una bandeja. Puede suponerse que son facturas, pues ARCHIBALDO, en cuanto lee los sobres las rompe)

ARCHIBALDO.—Mañana, Esteban, voy a bunburyzar.

ESTEBAN.—Bien, señorito.

ARCHIBALDO.—Probablemente no estaré de vuelta hasta el lunes. Prepara el maletín de siempre, mete el *smoking*, un traje de *sport*... En fin, lo de costumbre.

ESTEBAN.—Bien, señorito.

(Entra GRESFORD. Sale ESTEBAN.)

GRESFORD.—¡Qué muchacha tan sensible, tan inteligente! La única muchacha que ha conseguido in-

teresarme de veras. (ARCHIBALDO empieza a reírse inmoderadamente.) ¿Puede saberse qué es lo que te hace tanta gracia?

ARCHIBALDO.—¡Oh, nada! Que estoy un poco inquieto a causa de ese pobre Bunbury.

GRESFORD.—Si no tienes cuidado, ya verás cómo el tal Bunbury acaba por meterte en algún mal paso.

ARCHIBALDO.—Me encantan los malos pasos. Son los únicos de que se sale bien.

GRESFORD.—Una tontería más. Te pasas la vida diciendo tonterías.

ARCHIBALDO. Como todo el mundo, hijo mío, como todo el mundo. (GRESFORD le lanza una mirada de indignación y sale. ARCHIBALDO enciende un pitillo, se mira el puño de la camisa y sonríe.)

TELÓN

A C T O S E G U N D O

Jardín de la quinta de mister Gresford. Una escalinata de piedra gris conduce a la casa. El jardín, un jardín a la antigua, aparece lleno de rosas. Mes de julio. Sillones de mimbre y una mesa atestada de libros, a la sombra de un tejo frondosísimo. Miss Prism, sentada delante de la mesa. Al fondo, Cecilia, regando las flores

MISS PRISM.—(Llamándola.) ¡Cecilia! ¡Cecilia! ¿No le parece que esa ocupación tan utilitaria de regar las flores es más bien de incumbencia del jardinero? Sobre todo teniendo en cuenta los placeres intelectuales que están aguardándola a usted. Su gramática alemana está sobre la mesa. Tenga usted la bondad de abrirla por la página 15. Vamos a repetir la lección de ayer.

CECILIA.—(Acercándose muy despacio.) ¡Pero si a mí no me gusta el alemán! Es una lengua que no sienta bien a nadie. Estoy segura de que después de la lección de alemán parezco feísima.

MISS PRISM.—Hija mía, ya sabe usted el interés que tiene su tutor en que usted reciba una educación esmeradísima. Ayer, antes de marchar a Londres, me recomendó muy especialmente el alemán. Sí, cada vez que se marcha a Londres me recomienda con mucha insistencia la lección de alemán.

CECILIA.—¡El querido tío Juan es tan serio! A veces está tan serio, que me parece que no debe de sentirse bien...